Leonardo Padura

NUEVE NOCHES CON AMADA LUNA

Leonardo Padura es uno de los escritores cubanos contemporáneos de mayor prestigio internacional. Sus novelas y relatos han sido premiados y publicados en diversas lenguas. En *Nueve noches con Amada Luna* presentamos al lector una muestra representativa de su trayectoria literaria con tres relatos que revelan, entre intrigas y diálogos, una subyacente realidad cubana. El lector paseará entre boleros por la historia de una cantante y un joven estudiante, un viaje en el tiempo y el recuerdo; descubrirá cuántas cosas se dicen en un diálogo donde nada parece decirse; y finalmente se acercará a los contradictorios sentimientos, tan propios de la realidad cubana, que un niño jugando a la pelota despierta en el hombre que lo observa. Una golosa degustación que animará a profundizar en la narrativa de este vigoroso escritor.

Contiene los relatos: *Nueve noches con Amada Luna; Nada*; y *La pared.*

Leonardo Padura

Nueve noches con Amada Luna

ePub r1.0
Titivillus 09-08-2023

Título original: *Nueve noches con Amada Luna*
Leonardo Padura, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Introducción

Leonardo Padura es sin ningún género de dudas uno de los más importantes escritores cubanos contemporáneos. Nacido en La Habana en 1955, es licenciado en Filología por la Universidad de La Habana, y se ha consagrado internacionalmente como narrador, periodista, guionista de cine, crítico y ensayista. Ha ganado numerosos premios nacionales e internacionales; por tres veces ha sido reconocido con el Premio Dashiell Hammett (para la mejor novela negra en lengua española del año) por sus novelas *Máscaras*, que también recibió el Premio Café Gijón, *Paisaje de otoño* y *La neblina del ayer*. En particular conocido —y reconocido— por sus novelas policíacas, en varias de sus obras encontramos al personaje Mario Conde, guía de historias de intriga que se inscriben en el género de la mejor novela negra, aquélla en la que la trama detectivesca va dilucidando una determinada realidad social, en este caso la latinoamericana. Sin embargo, *La novela de mi vida*, publicada en 2003, demostró que el talento de Leonardo Padura no se restringe únicamente a la novela policíaca. Su prestigio es, además, de carácter internacional; sus libros han sido traducidos a diversas lenguas: inglés, francés, alemán, portugués, holandés, griego, italiano y coreano.

En esta selección de relatos proponemos un recorrido por esa otra literatura, quizá menos conocida, de Leonardo Padura. En «Nueve noches con Amada Luna» —relato inédito en español— narra la relación de un joven estudiante con una cantante de boleros y cómo estas nueve noches trascienden y perduran en el recuerdo. En «Nada» —relato que por primera vez se publica en

España— el lector podrá descubrir la sutileza del diálogo entre dos ancianos, en el que se dice algo más que las propias palabras y a la vez Nada… En «La pared» —relato integrante del libro *La puerta de Alcalá y otras cacerías*, Premio de la Crítica en 2000 en Cuba y descatalogado hace años en España— Padura nos acerca con sus personajes a un contexto cubano donde bastan dos generaciones distintas para reflejar anhelos y frustraciones, aspiraciones y desencanto…

Nueve noches con Amada Luna

En el principio fue la fascinación.

La zona de la Rampa, con sus cines, clubes y restaurantes se había convertido en el corazón donde palpitaba la vida nocturna de la ciudad, y yo, joven y provinciano, católico y revolucionario, mal vestido y recién llegado a La Habana para matricular en la Universidad, comencé a gastar mis solitarias noches de sábado en deslumbrados recorridos ascendentes y descendentes por aquel esplendoroso tramo de calle, empinado entre el mar infinito y la recién abierta heladería Coppelia. Subía y bajaba la Rampa en un éxtasis permanente, empeñado en llenar mis pulmones y mis ojos con aquel mundo magnético de neones coloridos y autos norteamericanos todavía potentes, de las primeras minifaldas y los primeros hippies tropicales y subdesarrollados que brotaban en la isla, y de los últimos vestigios del glamour brillante de los 50, ya en franca retirada ante el avance de la indetenible y bullanguera propaganda socialista, con sus exaltadas consignas cargadas de rojos y persistentes llamados al combate y a la victoria.

Quiero recordar que fue precisamente durante uno de mis primeros paseos por la Rampa, alucinado por tantos encantos y promesas de una vida que no conocía, cuando vi, junto a la escalera que bajaba hacia las penumbras del club La Gruta, el cartel protegido por un cristal desde el que aviesamente me miró Amada Luna, «La Dama Triste del Bolero». Una invasiva atracción, que nacía en mi estómago y se expandía indetenible, para palpitar en cada rincón de mi cuerpo, me obligó a detenerme y contemplar aquel rostro suavemente moreno de una mujer de unos treinta años, en el que se confundían los rasgos de mil mezclas raciales para

propiciar el milagro de unos ojos levemente rasgados y cargados de despecho asiático, una boca de labios carnosos y enrojecidos de los que pendía displicente un cigarro humeante, y un pelo tal vez demasiado amarillo, que caía en ondas furiosas hacia los hombros tersos y promisorios. El cartel advertía que Amada Luna cantaba en La Gruta todas las noches, de martes a domingo, siempre a las once, pero mientras contemplaba el rostro singular y lascivo ni siquiera se me ocurrió considerar la posibilidad de entrar en aquel sitio quizás pecaminoso, demasiado sofisticado y alejado de todas las expectativas del joven cándido —revolucionario, católico y pobre, ya lo he dicho— que entonces era.

Quiero pensar también que, mucho antes de que viera la foto —o de que la foto me viera a mí—, el destino parecía haber preparado aquel encuentro, pues únicamente así es posible que desde aquella noche de 1967 el rostro de Amada Luna se convirtiera en una de mis obsesiones de toda la vida: y ahora mismo, mientras la evoco, escuchando un viejo bolero cantado por Bola de Nieve —y siento al oírlo un escozor doloroso en la piel—, vuelvo a mirar aquella fotografía en la que a pesar de los desastres y de los años no logro encontrar vestigios de la tristeza desoladora que advertía su epíteto artístico, aunque otra vez me convenzo de que una fuerza trágica y superior voló siempre sobre nosotros y que ya debía de estar escrito que todo iba a ocurrir, del modo devastador en que ocurrió.

Desde entonces mis paseos por la Rampa, los sábados o cualquier día de la semana, a solas o en comparsa con mis nuevos compañeros de clases, siempre tuvieron unos minutos para que, frente a la imagen de La Dama Triste del Bolero, tratara de saciarme de los misterios que proponía aquel rostro cautivo en la foto y comenzara a soñar con el momento de ver al fin, de cuerpo completo y presente, a aquella magnética mujer. Mientras, en mi habitación de la beca universitaria, inicié sin demasiado entusiasmo mi entrenamiento sentimental de escuchar los programas de radio dedicados al bolero, sin que aquella música demasiado melosa y llena de lamentos consiguiera convencerme de sus virtudes ni comunicarme su profunda melancolía, pues todavía desconocía que el verdadero disfrute de un bolero germina sobre las experiencias amargas de la vida.

Todo quedó preparado para que el 13 de diciembre de 1967, cuando cumplí los dieciocho años, en lugar de un perfume o una camisa —que tanto necesitaba—, pidiera a mis padres y tíos que me regalaran dinero. Mi plan había sido demasiado meditado para ser tan sencillo: aquella noche iría a La Gruta, para ver al fin a Amada Luna.

Como era de esperar, debí enseñar mi carnet de universitario para demostrar que tenía dieciocho años y me permitieran franquear las puertas del club. Penetré entonces en aquella oscuridad fresca y amable como la gruta que decía ser, impregnada por los olores del ron, el deseo y el humo del cigarro negro, y cargada —como lo sabría poco después— con los remanentes agónicos de un pasado, un *ancient régime* que la Revolución, como toda revolución que se respetara, se empeñaba en desterrar de la isla, excomulgándolo y repudiándolo cada día con más fuerzas.

En la penumbra pude distinguir que al fondo había un pequeño escenario y busqué el sitio de la barra más cercano. Indeciso e inexperto, cuando el barman se me acercó opté por pedir un *ron collins* —sólo porque el nombre me pareció apropiado— y me dispuse a esperar, mientras trataba de rasgar la oscuridad y presentir, más que ver, las parejas que, entre trago y trago, adelantaban sus juegos de amor en los mullidos pullmans del salón.

De pronto las pocas luces del club se apagaron y se hizo un prolongado silencio que flotó sobre la oscuridad más compacta. Una melodía lánguida, desgajada de un piano, ocupó al fin el espacio del local y, todavía a oscuras, escuché por primera vez la voz de Amada Luna:

Me recordarás
cuando en la tarde muera el sol,
tú me llamarás
en las horas secretas
de tu sensibilidad.
Te arrepentirás
de lo cruel que tú fuiste con mi amor,
te lamentarás
pero será muy tarde
para volver.
Te perseguirán
los recuerdos divinos del ayer,

te atormentará
tu conciencia infeliz…

No hacía falta verla para sentir que había algo diferente en aquella voz, pequeña, caliente, gruesa, calibrada con esmero, que parecía hablar al oído más que cantar. En el instante en que advirtió «Te arrepentirás», una tenue luz cenital cayó al fin sobre el escenario y forjó la figura de Amada Luna. Apoyada en una banqueta, la mujer siguió cantando su susurro de amor, con la cabeza inclinada, como si expresara un profundo pesar. El pelo le ocultaba casi toda la cara y sólo en el momento en que su mano llevó atrás la cascada hirviente del cabello, pude descubrir que cantaba con los ojos cerrados y el micrófono —todos saben a qué se parece un micrófono— casi metido entre los labios. De inmediato sentí que una magia extraña se desprendía de aquella combinación de luz, música, olores, sentimientos, voz y mujer, una magia que nada tenía que ver con mi deslumbramiento de joven provinciano —eso ya lo saben— que sufría un previsible ataque de fascinación: lo que allí ocurría era algo real y palpable, pero sucedía en otra dimensión de los sentidos, donde yo encontraba una lógica propia para la canción y la música, gracias a aquella mujer, más pequeña de lo que había imaginado, menos rotunda de formas de lo que había soñado, que apenas gesticulaba ni se movía, pero que con su voz tibia y su presencia abarcadora era capaz de seducir al auditorio de borrachos y marihuaneros, seres de la noche y parejas de enamorados, solitarios empedernidos y jóvenes inocentes, que permanecíamos prisioneros del embrujo tiránico de los boleros cantados por Amada Luna.

Ocho boleros más pasaron por la garganta de la mujer y el ensalmo se mantuvo invencible, incluso más allá del momento en que ella musitó, Gracias, como si no quisiera decirlo, como si ya no tuviera más voz, y nadie se pudo mover, ni hablar, ni beber, atrapados todavía en las redes del magnetismo desplegado por Amada Luna y por su manera devota y visceral de hacer los boleros, hasta que ella aceptó el cigarro encendido que le alargó el pianista, y dijo Buenas noches… y yo comencé a aplaudir, en el instante en que fue cegada la luz cenital y, como en el sueño que debíamos haber vivido, Amada Luna se esfumó en la oscuridad.

Nunca antes había pensado que la música amelcochada y

lacrimógena de un bolero pudiera tener tal poder de seducción; jamás, hasta ese momento, había sentido aquella necesidad física que me estaba provocando Amada Luna; ni siquiera en sueños había imaginado que aquel mundo de rones, penumbras, cigarros, madrugadas sin sueño y lascivias contenidas pudiera comunicarme la sensación de pertenencia que estaba disfrutando. Pero sin duda fue algo demasiado maravilloso, pacientemente esperado por mi espíritu, lo que debió funcionar durante aquella jornada de mi llegada a los dieciocho años para que, a la noche siguiente, en la misma banqueta, yo volviera a pedir un *ron collins* y escuchara, sobre la nube más alta e inexpugnable, los boleros que Amada Luna empezó a cantar para mí.

Quien no haya sentido alguna vez que la estética decadente y previsible del bolero es una de las mejores expresiones de la vida, seguramente será incapaz de entender la prodigiosa comunicación que esa música puede conseguir con los sentimientos. Aunque sus letras muchas veces maltraten la poesía con frases empeñadas en expresar emociones demasiado evidentes, y su melodía ataque sin piedad las escalas más melosas del pentagrama, la virtud permanente de un buen bolero radica en su capacidad de seducir y en su poder de evocación, que siempre están ligadas a una voz y un modo de cantar, más que a unos versos y una melodía. Pero quien no haya asistido al espectáculo de oír y ver a Amada Luna en aquellas noches perdidas de La Habana, tampoco entenderá jamás por qué en cada ocasión que yo lograba reunir el dinero necesario, me olvidaba de estudios y mítines políticos e iba como un fanático hacia La Gruta y gastaba allí mis horas y mis dineros, sin más esperanzas que oírla cantar, verla fumar, escucharle decir Gracias, Buenas noches, y contemplarla después —cada día más arrobado— mientras bebía su trago largo de carta blanca, siempre uno, servido en un vaso alto, cargado con un cubo de hielo y alargado con *ginger ale*…

Algo curioso ocurría con aquella mujer que, una vez cumplida su actuación, bajaba al bar con su cigarro en los labios y bebía en silencio aquel único trago de ron. La costumbre parecía ser ancestral, pues nada más ocupar su banqueta, el barman le servía su carta blanca y Amada lo bebía a sorbos lentos, entre cigarro y cigarro, sin hablar con nadie, apenas observando a través de su pelo

cómo el hielo se fundía con el ron, hasta que a las dos de la madrugada, hora del cierre, apuraba el resto de su bebida y salía a la calle, sin despedirse de nadie, sin que nadie la acompañara, sin que nadie la esperara, mientras yo la miraba alejarse, incapaz de abordarla, lleno de interrogaciones y desbordado de deseos.

Tantas noches la vi cantar, beber su trago e irse sola hacia su misterio que, con un acopio de todas mis voluntades, decidí cortar aquella historia que ya se me hacía agobiante y me robaba toda la concentración. Si mi timidez me impedía hacer algo más que mirarla y oírla desde mi rincón, imaginando desenlaces que nunca me atrevería a propiciar, lo mejor era reencauzar mis expectativas y olvidarme de aquel imposible que ni siquiera debía saber de mi existencia, que me había convertido en fumador de cigarrillos negros y que podía costarme el primer año de la carrera. Entonces decidí no volver a La Gruta, no caminar por La Rampa y sus tentaciones, dejar de escuchar boleros y evitar toda cercanía a los caminos que conducían a un fantasma llamado Amada Luna.

Llegó septiembre de 1968 y el inicio de mi segundo curso en la Universidad. Las vacaciones del verano, que había pasado en mi casa, lejos de La Habana y sus disolutas tentaciones, debieron ayudarme en mi propósito de sacarme de la mente a Amada Luna, y al regresar a la ciudad pensé que estaba curado de la adicción que me habían inoculado aquella mujer y sus canciones. Fue reconfortante para mí saber que recuperaba mi tranquilidad habitual y que otra vez podía reunirme con mis compañeros en la heladería Coppelia, donde a golpe de helados y algún ron oculto en canecas, montábamos largas tertulias donde insistíamos en hablar de temas elevados, tan lejanos del bolero y su mundo decadente. Demasiado fácil me resultó resistir el impulso de caminar Rampa abajo, hacia La Gruta, y creo que Amada Luna apenas sería hoy un recuerdo apacible si una noche mis compañeros de la Universidad no hubieran propuesto pasar un rato por La Gruta. Varios de ellos, que habían asistido a las actuaciones de la cantante y hablaban entusiasmados del modo singular en que ella hacía los boleros, insistieron en que fuéramos a verla, y mis defensas, más endebles de lo que yo creía, apenas necesitaron de aquel pretexto para deshacerse, como cera al fuego.

Nada más entrar en La Gruta y pedir un *ron collins* fue como

sentir que regresaba a mi lugar. Faltaban quince minutos para que comenzara la actuación de Amada Luna y descubrí que mi pecho palpitaba y mis manos sudaban de pura ansiedad. Increíble me resultó comprobar hasta qué punto había llegado mi fortaleza al prohibirme volver a aquel sitio por casi dos meses.

Pero ahora, descontrolado, comprendí también que no debí haber regresado jamás, y tuve la certeza absoluta de mi error cuando las luces se apagaron y del corazón de las tinieblas brotó la voz gruesa y susurrante de Amada Luna.

Atiéndeme…
quiero decirte algo
que quizás no esperes,
doloroso tal vez.
Escúchame…
que aunque me duela el alma
yo necesito hablarte,
y así lo haré.

Nosotros
que fuimos tan sinceros,
que desde que nos vimos
amándonos estamos.
Nosotros
que del amor hicimos
un sol maravilloso,
romance tan divino.
Nosotros
que nos queremos tanto
debemos separarnos,
no me preguntes más.
No es falta de cariño,
te quiero con el alma,
te juro que te adoro
y en nombre de este amor
y por tu bien…
te digo adiós…

Algo inconcebible y maravilloso ocurrió en ese momento: Amada Luna, que había cantado todo el bolero con su fuerza y despecho de siempre, sin dignarse siquiera a mover el pelo que le cubría la cara, acomodó tras la oreja aquella cortina furibunda, y

entonces yo pude ver que sus ojos me miraban y que en sus labios se iniciaba el leve movimiento de una sonrisa. ¿Me miraba a mí? ¿Me sonreía a mí, ella, Amada Luna?

Sintiendo que me deshacía escuché su programa de esa noche y, mientras atacaba el último bolero —*La vida es un sueño*, cómo olvidarlo—, le dije a mis compañeros que no me sentía bien y quería irme. Sin esperar respuesta salí, crucé la Rampa y, tras un sólido Plymouth Plaza de 1958, esperé a que mis amigos salieran del club y se alejaran, rumbo a la beca universitaria. Entonces crucé la calle, empujé la puerta de La Gruta, ya sin portero a esa hora final de la noche, y vi cómo La Dama Triste del Bolero levantaba su vaso y bebía un sorbo de su carta blanca.

Con una decisión que desconocía y unas ansias que me superaban, me acerqué a la barra y, casi rozando el brazo de Amada, pedí un carta blanca a la roca, encendí mi cigarrillo y volteé la cara para observar la de aquella mujer capaz de seducirme con su voz y sus boleros.

—Al fin apareciste… —me dijo ella, con el mismo tono susurrante y grave con que cantaba, y recolocó el pelo que insistía en caer sobre su cara—. Pensé que te habías ido… Todos los días se va tanta gente.

—No, es que… —traté de decir algo, pero comprendí que no me era posible y bebí un trago devastador de mi añejo—. ¿Tú te habías fijado en mí?

Amada no respondió: nunca respondió a ninguna pregunta. Envueltos en la nube de humo que formábamos con nuestros cigarros ella miró su trago, con el hielo casi deshecho, y lo bebió hasta el final.

—¿Vamos? —me preguntó, o mejor, me ordenó y, como si ya esperara aquel reclamo, calcé un billete con mi trago y la ayudé a bajar de su asiento.

La primera mujer con la que tuve relaciones sexuales era una ex prostituta, oficialmente reciclada por la Revolución, que se hacía llamar María la Luchadora, y que por dos pesos se encargaba de desvirgar a los muchachos del barrio, con la precisión de un cirujano. Luego vino Irina, «La Rusa que nos enseñó a templar», que en realidad era ucraniana y padecía algo así como fuego uterino, pues apenas su marido salía de maniobras —era un negro

gigantesco, oficial del ejército, graduado en los primeros cursos de artillería a que asistieron los cubanos en la Unión Soviética—, abría las ventanas y se paseaba desnuda por la casa y daba rienda suelta a su lujuria brindando gratuita y socialistamente su arte amatorio a los enfebrecidos adolescentes de la cuadra. Después de la muerte de Irina, a manos de su engañado artillero, tuve varias novias pero sólo una de ellas, la gordita y gentil Isabel María, me había permitido pasar a mayores. Sin embargo, ninguna de aquellas mujeres, con las que sentí deseos, pasión incluso, provocaron en mí la sensación de desvalimiento en que me lanzó el embrujo seductor de Amada Luna.

Lo que aquella noche y las ocho noches siguientes disfruté gracias a Amada Luna es otra historia. La posada donde nos refugiamos, muy cerca de la Universidad, debía ser sórdida como todas las posadas de La Habana. Pero, enloquecido de deseos como yo me hallaba, apenas reparé en nada que no fuera el festín de sexo que me sirvió aquella mujer que, en la práctica del amor, gozaba de la misma destreza maravillosa que desplegaba cuando cantaba boleros. Ya he dicho que su cuerpo no era especialmente voluptuoso: más bien era delgada, tenía los senos pequeños y sus nalgas apretadas y duras estaban lejos de los volúmenes habituales en las cubanas. Pero la habilidad, a veces como displicente, con que utilizaba sus armas, y la capacidad seductora que empleaba en su faena, resultaron devastadoras: y si hasta entonces estuve enamorado de una posibilidad de mujer que me abrazaba con su voz, ahora había enloquecido por un ser definitivamente real que se negaba a cantar boleros fuera del escenario, que se resistía a contarme nada de su vida, que me impedía acompañarla al salir de la posada, pero que, en las dos horas que me regalaba, era capaz de hipnotizarme con su maestría amatoria, aprendida y perfeccionada sabe dios en cuántas camas de la ciudad.

Para Amada Luna todo era posible y lícito en la intimidad del amor: su cuerpo completo podía intervenir en el acto y sabía alarmar cada prolongación, cada cavidad, cada pliegue del mío. Curiosamente, siempre trabajaba en silencio y, como un director de orquesta, ordenaba con las manos, indicaba con los ojos, advertía de sus intenciones con los labios. Una sabiduría profunda, quizás la misma que la hacía crecer sobre el escenario y fascinar primero y seducir después, era la que la convocaba para el interminable

despliegue de recursos eróticos que, por nueve noches inolvidables, puso a mi disposición.

Si hubiéramos tenido más de nueve noches, ¿qué habría sucedido? Todavía hoy no lo puedo imaginar siquiera, porque de encuentro en encuentro Amada fue ascendiendo por aquella espiral erótica e introduciendo variaciones lánguidas o violentas, cálidas o arrebatadoras en nuestros juegos de amor, con una desbordada intensidad de creación que jamás he vuelto a encontrar en otra mujer. Cada noche hacía como si fuera la primera y, desvestida, desvestida a medias o completamente vestida, se ponía a trabajar con su empecinada necesidad de seducir a alguien que, más que seducido, ya estaba enloquecido de amor y de deseos, convertido en una masa sin cerebro, apenas dotado para sentir el placer que ella se imponía propiciar. Si hubiéramos tenido más de nueve noches…

Tampoco puedo olvidar que mi décima noche con Amada Luna debió haber sido la del 2 de octubre de 1968. Por aquellos días había sido decretada una asoladora Ofensiva Revolucionaria, empeñada en poner en manos del Estado toda la economía y la ideología de la isla, mientras se había comenzado a preparar una gigantesca zafra azucarera, que en 1970 produciría diez decisivos millones de toneladas de azúcar con los cuales, de una sola vez, el país podría hasta salir del subdesarrollo y dar el gran salto hacia la perfección comunista. Pero, centrado en mi vorágine de amor y sexo, vivía yo de espaldas a la magnitud de las tormentas que se habían desatado, pues cada una de mis neuronas respiraba en función de Amada Luna.

Como las noches anteriores, exactamente cuando daban las diez, abandoné mi cuarto de la beca universitaria y salí en busca de La Rampa, sus luces, sus expectativas y sus promesas ahora cumplidas hasta niveles jamás imaginados por mí. Faltaban unos minutos para las once cuando atravesé la avenida y de golpe caí en el abismo. Los neones de La Gruta estaban a oscuras y por un instante pensé si no sería lunes, aunque estaba seguro de que era el jueves 2 de octubre. Las luces de la calle iluminaban la escalera que bajaba hacia el club y desde la acera, ya en el borde de la angustia, pude ver sus puertas cerradas y leer el cartel grosero que advertía: CLAUSURADO INDEFINIDAMENTE.

Sufriendo una ansiedad que amenazaba con ahogarme, traté de

imaginar qué había sucedido, cuando descubrí en el suelo, en un rincón del pequeño vestíbulo del club, el mural encristalado en el que había visto por primera vez a Amada Luna. Lentamente bajé los escalones y volteé la pancarta, y encontré que el cristal se había deshecho, pero que, pegada al cartón, allí seguía la imagen de «La Dama Triste del Bolero» y el anuncio de unas actuaciones que ya nunca se repetirían. Con todo el cuidado que era capaz de pedirle a mis manos temblorosas, desprendí la foto y huí de La Gruta como si hubiera robado un banco.

Con aquel tesoro en mi bolsillo, recorrí los otros clubes cercanos y descubrí que todos habían sido clausurados, también indefinidamente. En mi desesperación pregunté a varias personas si sabían qué ocurría y a retazos pude armar la respuesta: como todo el país debía ponerse en función de la Gran Zafra Azucarera, los clubes y cabarets de La Habana habían sido decretados antros de decadencia burguesa y nocturnidad perniciosa, pues podían entorpecer la entrega de los hombres al magno evento económico, y de momento se había decidido cerrarlos, hasta que se les encontrara un mejor destino: tal vez comedores obreros, o salas de reuniones, quizás democráticos restaurantes para trabajadores destacados en la emulación laboral y en las faenas agrícolas…

Esa noche no dormí y al día siguiente comencé a buscar a Amada Luna. En mi contra lo tenía todo, incluso no saber su verdadero nombre, pues sospechaba que Amada Luna debía ser su apodo artístico, pero a mi favor tenía la pista de haberla visto tomar una ruta 68 una de las madrugadas en que hicimos el amor. Y otra vez mi plan fue sencillo: desde el Vedado emprendí la búsqueda siguiendo el recorrido del ómnibus, que tenía su terminal en el lejano barrio de Mantilla. Mostrando la foto y preguntándole a vecinos, bodegueros, panaderos, a cada uno de los choferes de la 68, fui barriendo la ciudad de norte a sur, bajo el sol despiadado, con sed, hambre y desesperación, pero sin obtener una evidencia concreta sobre el destino de aquella mujer sin la cual sentía que ya no podría vivir.

Dieciocho días de investigación y la muerte de mis zapatos me llevó llegar hasta la terminal de la ruta 68. Mis esperanzas de encontrarla eran cada vez menores, pero una luz de aliento se encendió cuando en la propia terminal pude dar con el chofer que

habitualmente cubría el turno de la madrugada de la 68. El chofer, un mulato de unos cincuenta años, desaparecido hasta entonces por estar cumpliendo un castigo en el patio de los ómnibus, reconoció de inmediato la foto y me explicó que Amada viajaba con él hasta la Calzada de Dolores, donde hacía transferencia con la ruta 54, hacia el barrio de Lawton. Pero el hombre tenía otra noticia para mí: todos los artistas de clubes y cabarets habían sido enviados a sembrar café en el llamado Cordón de La Habana, y varios días atrás, mientras probaba un ómnibus recién reparado, los había visto en el cercano pueblito de El Calvario, en el borde sur de la ciudad.

Sin esperar alguno de los transportes que unían a Mantilla con aquel lugar llamado precisamente El Calvario, salí en busca de Amada Luna. Aquella zona de La Habana, que visitaba por primera vez, me pareció entonces brillante y hermosa, pues en medio de mi desesperación había encontrado un camino hacia la mujer que tanto necesitaba, por la que me sentía seducido y, ahora, abandonado. Antes de llegar al Calvario pregunté a unos muchachos y me indicaron un descampado al final del cual estaban trabajando «los artistas», como los llamaban en la zona. Atravesé aquel llano agreste, en el que ahora brotaban unas pequeñas y ya agonizantes matas de cate y, debajo de un árbol, disfrutando de la brisa, descubrí a aquel viejo cantante, bien conocido en el país por sus frecuentes apariciones en la televisión, donde solían calificarlo como «La Voz de Oro del Bolero». No tengo que decir cómo palpitó mi corazón, seguro de haber hallado el camino hacia Amada Luna y, luego de darle las buenas tardes, le pregunté al cantante si la había visto.

—Sí, vino dos días la semana pasada —me dijo—. Pero si quieres verla vas a tener que ir hasta Miami… Me dijeron que el lunes se fue en una lancha.

No me queda más remedio que admitir que ésta es una historia llena de caprichos del destino y de premoniciones de futuro. Han pasado treinta años desde mi último encuentro con Amada Luna y, como me vaticinó La Voz de Oro del Bolero —que moriría poco después, sin pisar otra vez las pistas de los cabarets que lo hicieron famoso—, tuve que ir hasta Miami para volver a encontrar a Amada Luna.

Fue en mayo de 1998 cuando viajé por primera vez a los Estados

Unidos, invitado a participar en un encuentro académico, y antes de regresar a La Habana logré pasar varios días en Miami, donde ahora viven muchos de mis viejos amigos, mi única hermana, casi todos mis primos y los que todavía respiran de mis tíos.

Aquéllos fueron días abarrotados de emociones, de felices reencuentros y definitivos desencuentros con amigos que creía perdidos o muertos, de remembranzas de tiempos compartidos, de rescate de recuerdos y complicidades con personas que mucho había querido y que no veía hacía diez, veinte, treinta años: fue una necesaria recuperación de una parte de mi vida y de mi pasado que las decisiones políticas me habían cercenado.

La noche de la despedida mi hermana decretó que era su noche conmigo y, luego de comer los platos cubanos que preparan en el restaurante La Carreta, ella y mi cuñado me propusieron llevarme a un club de Miami Beach que, según decían, solía ser tranquilo y tenía muy buen ambiente, pues sólo se escuchaban boleros. Eran las once de la noche del 16 de mayo cuando llegamos a La Cueva, uno de los muchos locales de moda en Ocean Drive. Apenas entramos al club, algo en el aire, en la luz, en el olor me comunicó sensaciones que también creía desterradas y, sin premeditación, pedí un *ron collins* al mesero. Mi hermana y mi cuñado, que hablaban sin cesar de lo bien que se pasaba allí, temerosos tal vez de que el sitio me resultara aburrido, hicieron silencio cuando se apagaron las luces. Entonces, de la oscuridad y del rincón más lacerante del pasado, nació una voz, tenue y caliente, que comenzó a cantar para mí:

Después que uno vive
veinte desengaños
qué importa uno más,
después que conozcas
la acción de la vida
no debes llorar.
Hay que darse cuenta
que todo es mentira,
que nada es verdad.
Hay que vivir el momento feliz,
hay que gozar lo que puedas gozar
porque sacando la cuenta en total
la vida es un sueño,
y todo se va.

La realidad es nacer y morir
por qué llenarnos de tanta ansiedad,
todo no es más que un eterno sufrir,
el mundo está hecho sin felicidad…

Una de las más brutales imposiciones que me he hecho en la vida fue la de olvidar a Amada Luna. Aquella tarde de 1968, bajo el árbol de El Calvario, cuando oí que ella se había ido de Cuba y comprendí el abismo en que yo había caído, decidí que debía sacarla de mi mente o de lo contrario enloquecería. Por eso, sin querer saber más nada sobre ella y sus misterios —ni su verdadero nombre, ni si dejaba familia, ni de dónde había salido para meterse en mi vida— atravesé otra vez el descampado donde morían bajo el sol implacable las posturas de un café que nunca nadie tomaría, y comencé a llorar, mientras trataba de alejarme de la agobiante necesidad que me había creado aquella mujer. En verdad, no fue fácil: por años me negué a escuchar boleros y por años me fue imposible amar a otra mujer: ninguna me permitía alcanzar las escalas de placer que había disfrutado con ella, y el sexo me parecía repetitivo y hasta vacío. Pero el paso de esos mismos años, el empeño que puse en mis estudios, los largos meses que pasé lejos de La Habana, cortando caña para la Gran Zafra Azucarera que no resultó ser tan grande como se esperaba y no nos libró del subdesarrollo, y, sobre todo, la llegada de otra mujer —mi mujer—, me ayudaron a aliviar aquel recuerdo que nunca pude matar del todo y que guardé en el cofre cerrado de las más dolorosas nostalgias.

La señora que ahora remedaba el estilo dramático y despechado de la que alguna vez fuera La Dama Triste del Bolero y animara las noches perdidas de La Gruta, tenía sesenta años, algunas libras de más, un poco menos de su voz gruesa de entonces y el pelo de un rubio más exagerado, cayéndole ya sin furia sobre la cara. Sin embargo, dueña de sus posibilidades, el espectro de la mujer que una vez me había enloquecido, todavía conservaba una fascinante comunicación con sus canciones, siempre susurradas, como dichas al oído, con aquel sentimiento interior que tan bien sabía expresar Amada Luna. El hombre que ahora la escuchaba, con casi cincuenta años a cuestas, estaba muy lejos del joven católico y provinciano de otros tiempos, y aunque era un escéptico fundamentalista, al menos

se creía a salvo de aquella empecinada capacidad de seducción, férreamente enclaustrada en el pasado, pero comprendió de inmediato que estaba equivocado. Con las manos sudorosas, como treinta años atrás, pedí un carta blanca a la roca y lo terminé justo con la última canción de Amada Luna y, de inmediato, me puse de pie y salí a la calle, sintiendo que no existía en el mundo suficiente oxígeno para mis pulmones.

Sin entender qué me podía pasar, mi hermana y mi cuñado me preguntaron si quería ir a otro sitio y yo les respondí lo único que me pareció coherente:

—Quiero irme.

Esa madrugada, mientras fumaba en el patio de la casa de mi hermana, aprendí que hay recuerdos y experiencias que resultan insobornables, y que ni la distancia ni el tiempo ni las políticas son capaces de matar. Pero también comprendí que treinta años son muchos años y que volver atrás no sólo es imposible, sino que intentarlo puede resultar perverso: los recuerdos deben ser recuerdos y cualquier empeño para hacerlos salir de sus refugios suele ser devastador y frustrante. Pero ahora, mientras escucho un bolero cantado por Bola de Nieve y observo otra vez la foto de Amada Luna, recibo desde mi memoria su invencible capacidad de fascinación, su inagotable poder de seducción, y me alivio pensando que el destino, perseverante en toda esta historia, no fue tan cruel conmigo como siempre había creído: al menos yo tuve la posibilidad de disfrutar nueve noches de placer con Amada Luna y de sentir en mi alma y en mi piel que vivía dentro de un caliente bolero de amor. Y esa parte de mi vida nadie me la puede clausurar. **[1]**

Nada

Si alguien pregunta díganle aquí
no pasa nada, no es más que la vida…

ELISEO DIEGO

El timbre sonó largo, como abandonado, y Manuel calculó que pronto le traerían el café y pensó que su hermano se estaba poniendo viejo. Cada vez se le hacía más difícil el momento de levantarse. Sólo había que oír el timbre del despertador para saberlo.

Manuel vivía en un desvencijado cuarto de madera, construido en el patio de su hermano, y dentro de la habitación el frío se movía con tanta libertad como en la calle, entrando y saliendo por las infinitas grietas que el tiempo, el sol y la lluvia habían abierto en las tablas. Afuera empieza a clarear, con una luz malsana de invierno, y ya Manuel llevaba un buen rato balanceándose en su sillón, atento al primer ruido proveniente de la casa. El frío lo había sacado de la cama y, envuelto en su frazada, decidió que lo mejor era levantarse. Pero no salió a lavarse la cara. Se limitó a orinar, con inusual abundancia, en el pomo que guardaba debajo de la cama, y ahora temblaba, ansiando una buena taza de café.

Por eso se sintió feliz cuando vio entrar a Julia, su cuñada. Le traía un vaso mediado de café y un trozo de pan que Manuel acostumbraba a enchumbar con la infusión. Y le dio la noticia: José Antonio se mató, dijo. Desde la noche anterior, cuando lo encontraron colgado de una mata de mangos, todo el barrio lo comentaba y aseguraban que estaba muy enfermo. Y ella había

preferido esperar hasta la mañana para decírselo a Manuel.

—Ustedes eran muy amigos —afirmó Julia.

Manuel dijo:

—Llévate el pan, no quiero —y cuando Julia salió se tomó el café de un solo trago.

Continuó en su sillón, moviéndose en el justo centro de su cuartucho de madera, la única obra visible de su existencia. Y así estuvo, pensante y ajeno, hasta que el Gallego empujó la puerta y asomó su voluminosa cabeza en la habitación.

—¿Cómo anda eso, Manuel?

—Con mucho frío —respondió el otro—. Dale, entra y cierra bien.

El Gallego se volvió para cerrar la puerta y avanzó por la habitación, siguiendo el único camino posible, para sentarse, quejumbroso, en el sillón que estaba libre, su sillón de todas las mañanas y todas las noches. Se despojó entonces de la arruinada gorra de capitán de navío que siempre llevaba y la depositó con cuidado en la columbina de Manuel.

—¡Qué clase de frío, eh! —dijo el Gallego y su voz sonó neutra, sin vestigios de admiración o interés.

—Es insoportable. Me va a matar.

—Eso fue la lloviznita de ayer.

—Yo te lo dije, que era para frío.

Los hombres hablaban y cada uno miraba a un lugar distinto. El Gallego no apartaba la vista del suelo y examinaba aburrido las punteras salpicadas de fango de sus grandes botas. Manuel observaba algún punto indefinible de la descolorida pared que tenían enfrente. Los dos ya eran muy viejos. Pasaban los ochenta años y se conocieron cuando eran jóvenes: trabajaron juntos como estibadores en los muelles y se hicieron amigos desde el principio. Manuel un día le brindó un trago de ron y el Gallego le contó que no era gallego, sino asturiano, nacido en Gijón, y que había sido minero y soldado antifranquista. Por esa época solía hablar de su tierra, pero después pareció aburrirse de su propia historia o de sus nostalgias. Y siguieron siendo amigos: ninguno se había casado y no tenían hijos, y aunque se arrepentían, no se lo decían a nadie. Ni siquiera lo hablaban entre ellos, porque estaban convencidos de que no tenía sentido. Y se conformaban con su vieja amistad.

Desde que la artritis había postrado a Manuel, el Gallego lo visitaba todas las mañanas y casi todas las noches, y permanecían largas horas balanceándose en los sillones, que además de la cama constituían los únicos objetos útiles que había en el cuarto. El resto eran los trastos inservibles o de utilidad ocasional que la cuñada y los sobrinos de Manuel habían almacenado allí para mantener limpia y agradable la casa.

El Gallego encendió un cigarro y lanzó el fósforo al suelo. Manuel lo miró:

—¿Ya desayunaste, Gallego?

—Sí, café y pan con mantequilla —dijo el otro, moviendo la cabeza.

—Igual que yo. Julia hizo chocolate pero a mí me jode el estómago. Es una desgracia.

—Un buen chocolate con churros con este frío… —dijo el Gallego y se interrumpió para lanzar un enorme bostezo que dejó al descubierto sus desdentadas encías—: Qué maravilla.

—Ve a buscar café, anda —pidió Manuel con desgano.

—¿Todavía queda?

—Sí, seguro. Acuérdate que Rubén y Vivian están para el campo con la escuela.

—Sí, se nota. Cómo joden, ¿no?

—Anda, trae el café.

El Gallego recuperó su gorra y, apoyándose en los brazos del sillón, se puso de pie. Salió del cuarto y Manuel volvió a clavar la vista en la pared. Se recriminó por no haberle dicho nada a su amigo y se preguntó por qué no lo había hecho. Pero no se lamentó demasiado y, casi sin quererlo, empezó a recordar, pues su mente aún podía recordar cualquier momento de su vida: y eso hacía siempre que se quedaba solo en su cuarto de madera, apresado entre objetos desechados. Únicamente la compañía fiel del Gallego o la cada vez más esporádica presencia de José Antonio podían salvarlo de aquellos viajes al pasado, donde encontraba colores, odios, sonrisas, miradas, sabores y todas las sensaciones que pueden conformar un recuerdo o desatar otros. Recordaba cualquier cosa, por simple que fuera, pero esa mañana el frío era cruel y había muerto un amigo. Mas no lo recordó a él, sino a Mariana, la esposa de José Antonio, y no vieja y agotada como la última vez que la

viera, sino tal y como la había conocido en la escuela donde trabajaba, con el vestido floreado y la carpeta en la mano y los zapatos altos de puntera fina: Mariana, tan suave y tan linda, con el pelo negro y la sonrisa blanca. Mariana. ¿Por qué coño la recuerdo así?, se preguntó. ¿Para qué recordarla ahora?, siguió, sabiendo que muchos años antes había deseado la desgracia y hasta la muerte de José Antonio para poder llegar hasta Mariana. Pero de aquello hacía tanto y todo estaba tan lejos, que Manuel no escuchó el ruido de la puerta ni vio la cabezota del Gallego ni el vaso de aluminio que traía en las manos.

—Ya yo tomé, éste es para ti —dijo el Gallego y le ofreció el vaso.

Manuel lo miró a los ojos y apartó la frazada que lo cubría. Estiró su mano deforme, de largos dedos retorcidos, para alcanzar el recipiente.

—Pero está frío —dijo.

—Sí.

—Bueno —aceptó y bebió el líquido dulzón, y lo saboreó con el gusto con que debió haberlo tomado por la mañana, cuando estaba recién colado. El Gallego recuperó el vaso y lo puso sobre unas cajas de refrescos.

—No me dijiste nada —soltó, mirando a Manuel.

—¿Para qué?

—Para saberlo, por lo menos.

—Total.

—De todas formas me iba a enterar, ¿no?

—Por eso mismo. Pero yo no tenía ganas de decírtelo —afirmó Manuel y levantó lentamente sus párpados.

—¿Por qué lo hizo?

—Se cansó… ¿no?

—No estaba tan enfermo como dice Julia. Al menos que yo supiera —dijo el Gallego, alzando un poco la voz.

—Cuando uno se cansa no hacen falta justificaciones.

—Alguien más que se jode. Es horrible.

—Sí, otro más.

—Es del carajo —sentenció el Gallego y se despojó de su gorra, con un gesto casi solemne. Paseó la vista por la habitación, y en la expresión de su rostro había tristeza y miedo. Miraba las cosas

como si nunca hubieran estado allí o como si hubiera llegado de un largo viaje o como si se dispusiera a emprenderlo: aunque él sabía que ya estaba anclado para siempre, en aquel lugar caliente y lejano del sitio en que había nacido. Quizás por eso insistió—: Es del carajo, ¿verdad?

—Voy a acostarme. Me mata el frío —mintió Manuel y haciendo un esfuerzo supremo se levantó del sillón y arrastró sus pies hasta la cama. Su cuerpo temblaba y el frío le daba un buen pretexto. Se dejó caer sobre el colchón y le pidió a su amigo que le alcanzara la frazada.

Permanecieron en silencio, escuchando apenas el sonido del aire que arañaba las tablas.

—¿No hay sol, Gallego? —preguntó Manuel y su voz cansada retumbó en el cuarto.

—No, pero no va a llover.

—Ojalá hubiera sol. Para sentarme allá afuera.

—Ahorita se acaba el frío —advirtió el Gallego y se reclinó sobre el asiento. Tosió, con su cara muy cerca de la de Manuel—. ¿Y cuándo lo entierran?

—No sé, debe ser hoy por el mediodía, ¿no?

—Voy a ir, ¿sabes?

—¿A buscar qué?

—Para cumplir —respondió, con absoluto convencimiento.

—Mierda —susurró el otro y volvió la cabeza hacia la pared.

—Siempre fue mi amigo. Y Mariana también, la pobre —se lamentó el Gallego.

—Esas cosas ya no cuentan. Se jodió y se jodió. Ahora lo que hay que tratar es de no joderse uno. O acabar de joderse, depende…

—Oye, ¿por qué estás así? —preguntó el Gallego, con suavidad, y Manuel no le respondió. Entonces reparó en la colilla de cigarro que aún tenía en la mano. Se había apagado y pensó que lo mejor que podía hacer en ese momento era encenderla. Pero sólo pudo fumarla dos veces sin quemarse los dedos. Entonces dejó caer la colilla en el piso de cemento que él mismo había fundido con su amigo, y la aplastó con su bota enfangada. Sin mirar a Manuel preguntó:

—¿Cómo fue?

—No sé. Julia no me lo dijo.

—A mí se me olvidó preguntarle. Me sorprendió, tú sabes…

—Ya estaba viejo —concluyó Manuel y cerró los ojos—. Pero no sé cómo tuvo valor para tanto —y sintió que los temblores arreciaban. También pensó decir, Pobre Mariana, pero se contuvo.

—Es verdad —dijo el Gallego y levantó los hombros. Volvieron a quedarse en silencio, sin mirarse. Muchas veces permanecían así, callados y absortos durante largos ratos, porque ya tenían muy poco que decirse y conocían casi todas las preguntas y las respuestas, y preferían no hablar de los viejos tiempos, cuando no pensaban en la muerte. Y aquella mañana el silencio cayó como un manto agradable, deseado.

Afuera el viento se alborotó, sopló con más fuerzas, y un temblor largo y profundo recorrió el cuerpo deforme de Manuel, que debió decir:

—Qué frío.

—Sí —confirmó su amigo.

—Tengo hambre, ¿oíste?

—Pero todavía es temprano. Serán las diez, cuando más…

—Pero tengo hambre, no sé por qué.

—Estás igual que los muchachos de Julia. Comen y cagan como los patos —dijo el Gallego, intentando una sonrisa.

—Sí, como los patos. Y joden cantidad —dijo, cansado, y no parecía dirigirse a nadie en particular.

El Gallego cruzó los brazos para protegerse del frío y dijo en voz muy baja:

—Todos los muchachos son iguales.

Y sacó otro cigarro y lo fumó en silencio, mientras Manuel, asombrado, comprobaba que no podía recuperar la imagen de Mariana en la escuela, la misma que poco antes se interponía a la de José Antonio.

El Gallego terminó su cigarro.

—Me voy —dijo y se puso de pie.

—¿Vas a ir?

—¿Adónde?

—No te hagas —casi gritó Manuel.

El Gallego movió la cabeza, negando algo.

—No, ¿para qué? —soltó al fin, mirando a Manuel. Recogió su gorra de capitán de navío y se la acomodó en la enorme cabeza.

Avanzó hacia la puerta.

—¿Qué te pasa, Gallego? —le preguntó Manuel, incorporándose sobre sus codos oxidados.

—Nada, ¿qué me iba a pasar?

—No, nada —admitió el otro y se dejó caer hacia atrás—. Dile a Julia que se apure con el almuerzo, que me estoy muriendo de hambre.

—Está bien —dijo el Gallego con el tirador en la mano.

—¿Vienes por la tarde? —preguntó Manuel, sin mirarlo, pero su voz ahora sonó quebrada, sin agresividad.

—Sí, claro.

—No dejes de venir, que quiero hablar contigo… No te preocupes una bobería.

—Está bien —aceptó el Gallego y abrió la puerta.

—¿Ya salió el sol?

—No, pero no va a llover. Seguro no suspenden la pelota.

—Menos mal.

—Me voy —volvió a anunciar el Gallego y salió, dejando la puerta bien cerrada.

—No dejes de venir —murmuró Manuel y apretó los ojos.

La pared

Tendría siete, tal vez ocho años y era zurdo, como él. Cuando recogía la pelota, regresaba trotando hacia su derecha, la volvía a lanzar contra la pared, con el ángulo necesario para verse obligado a correr y tratar de atraparla con el brazo estirado, casi en el último momento, como el short stop que le llega al roletazo imposible, destinado a pasar sobre la segunda base. Lo hacía una y otra vez, con mucha seriedad, y en ocasiones intentaba que fuera más difícil alcanzar el último bound. Él lo seguía con los ojos, olvidado ya del efímero destino de los tenis del niño, y apostaba a veces, no le llega a ésta, o reconociendo, buena cogida, es un cabrón. Estaba bañado en sudor, el ejercicio duraba ya más de media hora, pero lucía fuerte y ágil todavía, dispuesto a tumbar la pared de ladrillos con la insistencia de su pelota de goma, que ahora volvía a lanzar, con fuerza y efecto, y debía correr más, ladear bien el cuerpo, para atraparla con la punta del guante, cuando parecía un hit que rodaba hasta los límites de su imaginación.

A la sombra del laurel de la acera había dejado la gorra y, junto a la gorra, se había echado su perro, un sato blanco y negro de rabo enroscado y orejas duras, que sólo miraba a su dueño, sin levantar la cabeza, cuando éste intentaba una cogida especialmente difícil o cuando la pelota seguía su camino y le pasaba cerca. El perro y el niño tenían todo el tiempo del mundo y esa despreocupación olvidada lo mantenía junto a la ventana, sintiendo que el monótono juego contra la pared engendraba una emoción que sólo ellos tres, el niño, el perro y él, podían comprender. No eran necesarios más jugadores ni otros espectadores: la pared, la pelota, el guante y ellos tres, sabían que era importante cada jugada, que el esfuerzo por

atrapar el roletazo más oblicuo era tan decisivo como el juego final de un campeonato y pensó entonces que mientras el niño se debía sentir un Germán Mesa de ahora, él había encamado, veinte años antes, la figura de Tony González, el short stop de los Industriales de sus sueños y pesadillas, mientras lanzaba una pelota como aquélla contra una pared igual que aquélla, para atraparla así, con la punta del guante, y soñar que sus fildeos ganaban campeonatos y que su futuro transcurría sobre un terreno de beisbol donde empezaban y terminaban todas las aspiraciones de la vida. Es del carajo, se dijo, hace dos temporadas que ni voy al estadio.

Cuando recordó el tiempo que llevaba sin ir al estadio, miró su reloj y sin proponérselo recitó la hora: las tres y diez. Aún le faltaba una hora y cincuenta minutos de trabajo y vio su mesa llena de papeles. De nuevo observó al niño, el recorrido de la pelota, no se cansa ese muchacho, los ojos del perro atentos al peligro, y la cogida, muy buena también, y dejó la ventana. Rápidamente recogió las tablas de precios, las planillas, los saldos de cuentas, estados financieros y las circulares del Departamento, la Dirección, el Municipio, la Empresa, el Comité Estatal y el Consejo de Ministros y, contra su meticulosa organización, las amontonó en la gaveta del buró, donde cayeron también la calculadora, los pisapapeles, los lápices, los bolígrafos y las gomas de borrar, su libreta de teléfonos y el último libro sobre la Planificación de la Economía y la Organización del Trabajo que había comprado. Cerró con llave y miró la mesa vacía de Jiménez, su Auxiliar de Contabilidad, que había ido al banco. Levemente sintió unos remotos deseos de escribirle una nota y decirle, de una vez, Jiménez, eres el tipo más abyecto —¿escribiría abyecto?— e intrigante que he conocido en mi vida, el contador más incapaz de este país y el más lameculos del mundo y te prohíbo para siempre que vuelvas a hablarme de cerca, con esos susurros de vieja chismosa, porque tienes tanto mal olor en la boca que me provocas náuseas, y no me interesa saber de los romances de la jefa de personal, lo de la cuota de café que recibe el director o las aficiones encubiertas del siempre recién nombrado director económico de la Empresa. Sería una nota horriblemente escrita, pensó. Mejor: Jiménez, peste a boca, arrastrao, chismoso, bruto, hijoeputa, me cago en tu madre y no me hables más: El Zorro.

En el vestíbulo, junto a la mesa de la recepcionista, buscó su tarjeta de entradas y salidas. La miró un momento y no se sintió orgulloso: las entradas oscilaban entre las 7 y 40 y las 7 y 56, y las salidas siempre marcaban más allá de las cinco y media. Un gran trabajador, pensó, mientras doblaba la tarjeta y la guardaba en el bolsillo del pantalón.

—¿Vas a la empresa, muchachón? —y le sonrió Martha, la recepcionista, después de bajar el volumen del radio que tenía sobre el buró, para observar mejor la rara operación que él hacía con la tarjeta.

—No —le respondió, caminando hacia la calle.

—¿Y si te llaman, mi chino? —gritó ella y él se detuvo en la puerta.

—Le dices que fui a jugar pelota —y siguió.

Cuando pisó la acera se sintió distinto y con deseos de correr, pero hacía mucho tiempo que había aprendido a dominar sus mejores impulsos y fue caminando hacia la esquina. Cuando dobló, respiró mejor. Allí estaba el niño, compitiendo todavía con su pared. Para no espantarlo se acercó lentamente, como si justo en ese momento se interesara por el juego. El niño comprendió que tenía un espectador y, primero, lanzó dos o tres veces la pelota de un modo que pudiera atraparla sin dificultad, pero ante la insistencia del intruso, que incluso se había detenido para verlo, comenzó a realizar jugadas cada vez más difíciles. Él se había colocado bajo el laurel, junto al perro, y desde allí lo observaba.

Una pelota resultó incapturable, pasó al niño y él, moviéndose un poco, logró atraparla. Se la devolvió con una sonrisa y el gracias del niño fue apenas audible.

—Oye —le dijo entonces—, ¿este perro es tuyo?

El niño lo miró de frente por primera vez y, confundido, afirmó con la cabeza.

—¿Cómo se llama? —insistió.

—Nerón Fernández —dijo el niño y él contuvo la sonrisa.

—Nerón Fernández, me gusta ese nombre. ¿Y muerde? —y se arrodilló junto al animal, que seguía echado y jadeando con tranquila regularidad.

—Bueno, sí, cuando está comiendo y también… —trató de explicar el niño, pero ya él se había inclinado sobre Fernández y,

conjurándolo con su nombre completo, le acariciaba la cabeza al animal, que después de mirarlo un instante, se tiró hacia un lado y ofreció su barriga.

El niño había detenido su juego y observaba la escena dejando rebotar la pelota contra el suelo: un hombre de treinta años, vestido con una guayabera blanca de mangas cortas, con un bolsillo del que asomaban tres bolígrafos y la pata de unos espejuelos, un pantalón azul bien planchado y unos mocasines negros y brillantes, arrodillado en la acera y acariciando la panza sucia de Nerón Fernández.

—Hace un rato que te estoy viendo jugar —le dijo entonces—. Mira, yo trabajo en esa oficina, la de la ventana cerrada, y creo que vas a ser buenísimo como pelotero. El problema es que eres zurdo y no puedes jugar en el cuadro, porque serías tremendo siort.

—Yo no quiero ser siort —dijo el niño con seguridad y casi con prisa. Él detuvo sus caricias a Fernández y lo miró a los ojos—. Yo voy a ser center, como Javier Méndez.

—Entonces tienes que practicar los flys. A ver, ¿ya tú sabes coger los flys con una sola mano, como Javier?

El niño rió, y dejó caer la pelota un par de veces.

—Hace rato, compañero. Mira, yo voy corriendo y me paro debajo de la pelota y la espero, la espero allí, tranquilito, y cuando llega la agarro primero y luego le hago así con el guante, como si fuera a cazar una mosca, pero con la pelota bien agarrada —y bajó el guante con un aire de matador.

—Oye, oye —le dijo sonriendo—, ¿quién te enseñó eso?

El niño suspiró ante lo inevitable.

—Eso es lo que dice mi primo Gabriel, que juega en los juveniles. Y me va a conseguir un casco para jugar al duro.

—Tú sabes que me gustaría ver cómo tú coges los flys, a ver si eres tan bueno como con los roletazos.

El niño miró a ambos lados de la calle y empezó otra vez a rebotar la pelota contra el suelo.

—Es que no ha venido más nadie, y los flys tienen que ser entre dos.

—Bueno, de verdad que eso es un problema. A mí tampoco me gustaba tirarme los flys yo mismo.

—¿Y tú jugabas pelota? —se asombró el niño, deteniendo los

rebotes. Estudiaba al hombre y concluía que no tenía estampa de pelotero, con aquella ropa, el bigote y la piel blancuzca y suave adquirida luego de tantas horas de oficina. Él sonrió ante la justificada incredulidad del niño.

—Muchacho —le dijo—, yo fui tremendo pelotero cuando tenía así, como tú, como ocho o diez años. Y para que veas, tenía un perro igualito que éste. Bueno, no tan igualito, porque no era blanco y negro, sino blanco y carmelita, y era mocho, y se llamaba Curripio, Curripio Rodríguez, pero era igual que éste porque iba a jugar pelota conmigo.

El niño sonrió. Le gustaba saber lo del perro.

—¿Y dónde está Curripio? —preguntó, acercándose a donde él seguía acariciando a Nerón Fernández.

—Se murió de viejo. Hace como diez años. Pero yo lo cuidaba mucho y lo bañaba. ¿Tú no bañas a Nerón, verdad? Mira cómo me ha puesto la mano.

Le mostró la yema de los dedos ennegrecida por el churre del perro. El niño hizo como si hubiera visto a alguien en la esquina.

—A él no le gusta bañarse —dijo categórico—. Ni a mí tampoco.

—Bueno, eso es así. Yo creo que a Curripio tampoco le gustaba mucho.

—¿Y por qué lo bañabas?

Él sonrió, pensando que debía dar una buena respuesta. Pero sólo se le ocurrían dos: porque a él le daba la gana de bañarlo, o porque a los perros hay que bañarlos.

—Bueno, ésa es una historia larga —comenzó, para ganar tiempo—. El caso es que Curripio era muy enamorado y yo le decía que para tener novias hay que andar limpio, y así dejaba que yo lo bañara. ¿Y acá el compañero no tiene novia? —y volvió a tocar la barriga del animal.

—Sí —dijo el niño, sonriendo quizás por el valor de la palabra que iba a pronunciar—. Él es novio de la púder de Margarita. Y yo lo vi hacer eso. Mira, tiene un bicho así larguísimo y rojo.

—Vaya Fernández —dijo él, pensando que a todo el mundo le habría gustado ese noviazgo menos a Margarita, pues las dueñas de perras poodles no son muy aficionadas a los satos callejeros y sucios como Nerón Fernández.

Entonces dejó al perro y se puso de pie. Le dolían las piernas y la

cintura por el tiempo que había estado en cuclillas.

—Oye, ¿y tú no fuiste a la escuela hoy?

El niño empezó a tirar la pelota contra el suelo, aburrido tal vez con el nuevo rumbo de la conversación.

—Por la mañana. Por la tarde no había clases porque van a fumigar la escuela porque casi todo el mundo tiene piojos. Yo no.

—Menos mal. ¿Y en qué grado tú estás?

—Tercero y voy para cuarto —y parecía convencido de su ascenso.

—¿Y qué te gustaría estudiar?

—Yo voy a ser pelotero y ingeniero de televisores en colores —dijo, con toda su confianza—. Como pelotero voy a ir afuera y como ingeniero voy a ganar muchos pesos.

Cuando el niño comenzó, él estuvo a punto de acotarle que se decía pelotero e ingeniero, y luego, de comentarle que él había tenido a esa edad sueños similares, pero la conclusión final del muchacho le resultó demasiado genial para andar enmendándolo.

—¿Y por qué tú no estás en el trabajo, allá arriba? —lo sorprendió la contraofensiva del niño.

—Nada, salí a coger un poco de fresco y a conversar contigo.

—Mi abuela me dice que no hable con extraños. Y tú eres muy extraño.

—¿Por qué te parezco muy extraño?

El niño se metió un dedo en la nariz y dijo:

—No sé. Si yo tuviera tu tamaño andaría por ahí buscándome una mujer.

Él sonrió.

—Oye, ¿quién te enseñó eso?

—Nadie, nadie —respondió el muchacho y observó en la punta del dedo el resultado de su búsqueda nasal—. Es que yo te vi en la ventana hace un rato y me parece que estás muy aburrido. ¿No es verdad?

—Creo que sí, que es verdad. Mira, si me pongo a jugar contigo a lo mejor no voy a estar tan aburrido. ¿Quieres practicar los flys? Yo te los puedo tirar bien altos, a ver si los coges como Javier Méndez.

El niño sostuvo la pelota en el guante y empezó a tomar distancia cuando lo vio quitarse la guayabera. Lo miraba otra vez

con cierta desconfianza, pues en su código no funcionaba aquello de que un hombre como él, muy extraño, aburrido y de guayabera, se pusiera a jugar pelota en la calle. Mientras, él había colgado la camisa en el tronco del laurel y trataba de mejorar la situación.

—Cuando yo estaba en los juveniles era centerfield de mi equipo y me enseñaron a coger los flys que quieren montarlo a uno. ¿Ya tu primo te enseñó eso?

—Gabriel es pitcher, compañero —dijo el niño, blandiendo su lógica estricta.

—Oye —dijo él, mientras se frotaba las manos—, me gustaría ponerme tu gorra. Total, tú no la estás usando.

El niño lo miró. En sus ojos flotaba todo el recelo que le provocaba aquella petición. Él lo comprendió y trató de verse a sí mismo, decidiendo si prestarle o no la gorra a un desconocido. Le hubiera dicho que no, si se hubiera atrevido, pensó, aunque finalmente le hubiera dicho que sí, como en tantas otras ocasiones de su vida, cuando había dicho que sí.

—¿Y para qué quiere la gorra?

Él bajó la vista hasta la gorra que ya tenía en sus manos. Era de mezclilla gris y tenía la visera roja. Acumulaba la suciedad y la marca de los sudores de muchísimos juegos de pelota. Él había tenido una gorra casi igual a aquélla y nunca se la quitaba cuando jugar pelota era lo más importante de la vida. Realmente, no hubiera querido prestarle su gorra a nadie y el niño tampoco debía hacerlo, pensó.

—No importa, póntela tú —y le lanzó la gorra. El muchacho la atrapó en el aire, la miró un instante, pero no se la puso.

—Oye, mira —y el niño avanzó hacia él—, a mí no me importa. Póntela tú si quieres —y le ofreció la gorra. Él sonrió, pero decidió que no debía cogerla.

—Por cierto —dijo entonces—, no me has dicho cómo te llamas.

—Ni tú me lo preguntaste… Elmer —dijo el niño y lanzó dos veces la pelota contra el piso.

—Es un buen nombre, ¿no? Mira, Elmer, creo que si tú quieres yo te puedo cuidar la gorra mientras tú juegas contra la pared. Yo me quedo aquí con Nerón, sigue tú.

—¿Se puso bravo?

—No, no te preocupes, es que hay mucho calor —dijo y se sentó

en la hierba, junto al perro. El niño lo miraba, como si hubiera cometido una falta y él pensó que no era justo. Con la cabeza le indicó que se sentara junto a él. Elmer sonrió un momento y lo obedeció. Nerón, apenas sin levantarse, se arrastró entonces hasta colocarse junto a su dueño.

—¿Tú sabes una cosa, Elmer? Bueno, no la sabes, pero deberías aprenderla. Yo también quería ser pelotero e ingeniero. Pero no soy ninguna de esas dos cosas. Cuando terminé el Preuniversitario no había la ingeniería que yo quería y ya había dejado la pelota para sacar mejores notas y poder estudiar esa ingeniería. Me imagino que no entiendes un carajo, pero juro que yo tampoco. Ahora soy economista, no soy famoso y vivo en una casa que cualquier día se me cae arriba y de contra tampoco he podido ir a Australia, que después de la pelota y la ingeniería era lo que más quería en el mundo. Total, que se metan a Australia por el culo —dijo y se puso de pie. Descolgó la guayabera y observó al niño, que no podía dejar de mirarlo. Sintió miedo y confusión en los ojos de Elmer. Él debía ser un muy extraño muy superlativo.

—Yo tengo más miedo que tú, no te preocupes —le dijo mientras se abrochaba la guayabera—. Si no tuviera miedo lo mandaba todo al carajo y me iba para no sé dónde a hacer no sé qué. Pero ése es el lío: tengo miedo y no sé adónde irme ni a qué. Pero sigue practicando, que a lo mejor tú eres pelotero e ingeniero.

Elmer también se levantó y se acercó a él.

—Oiga —le dijo—, ¿por qué se puso tan bravo, nada más por lo de la gorra?

—No, no te preocupes —dijo y tomó la gorra que el niño todavía llevaba en sus manos—. No tenías por qué prestarme la gorra. Pero te quiero preguntar una cosa: ¿tú no has leído un libro de Julio Verne que se llama *El continente misterioso*?

El niño sonrió y movió la cabeza, negando.

—Es un libro precioso. Es sobre Australia y cuando uno lo lee le dan tremendas ganas de ir a Australia. Así que oye esto: si ves ese libro por ahí no lo leas ni aunque te maten, ¿está bien?

Elmer bajó la vista y entonces dijo:

—Oiga, de verdad usted es muy extraño.

—Bueno, me voy. Toma tu gorra —le dijo él—. Fue un placer hablar contigo, Elmer.

Caminó lentamente hacia la esquina mientras se limpiaba el sudor de la frente. Al entrar en el edificio de la Empresa la recepcionista le hizo una mueca con la boca y subió el volumen del radio. Devolvió la tarjeta de entradas y salidas a la casilla metálica colgada junto al reloj de las sentencias. Subió las escaleras y pensó que nunca se había sentido tan derrotado. Abrió a su oficina y se sentó tras el buró. Observó, bajo el cristal que protegía la mesa, la foto en la que sonreía entre su esposa y su hijo Elmer. Miró también el bono de las 120 horas de trabajo voluntario realizado por el compañero Elmer Santana, pero cubrió la foto con los papeles, las planillas y las circulares que fue sacando de su gaveta. Entonces lamentó haberle mentido al otro Elmer. Debió haberle dicho que estudió Economía porque bajó una orientación de que era necesario para el país y no tuvo valor para decir que no, tan buen estudiante como era, es un deber de los militantes, y decirle que dejó de jugar pelota porque en el Pre fue dirigente y asistió a todas las actividades, las reuniones, los círculos de estudio, y no pudo clasificar entre los veinticinco peloteros de la provincia para la Nacional Juvenil, y se mintió a sí mismo diciéndose que, total, la pelota no era tan importante. Pero, eso sí, como le decía su padre, siempre fue un joven consciente y podía estar orgulloso de eso… ¿Orgulloso de qué?

Dejó los papeles sobre el buró y se puso de pie. Aquellos papeles eran el resultado de su buena conciencia. El aire acondicionado le había secado el sudor y de la última gaveta de Jiménez cogió uno de los cigarros que su subordinado escondía allí para evitar las peticiones de otros compañeros. Lo encendió y se acercó a la ventana. Elmer y Nerón Fernández se habían ido y la calle estaba tranquila bajo el calor de la tarde. En la pared seguían marcadas las huellas de los pelotazos y junto al laurel vio un pedazo de tela gris y roja, y se preguntó por qué el niño habría dejado allí su gorra. Él no lo hubiera hecho jamás; sin gorra no podía sentirse pelotero; Pensó que debía bajar y recogerla, esperar a que Elmer regresara un día y devolvérsela y decirle entonces la verdad. Apagó el cigarro aplastándolo contra el piso y volvió a bajar las escaleras, a toda carrera. Debía recuperar la gorra. Quizás aquel Elmer pudiera algún día ir a Australia.

Nota del autor

[1] Los boleros reproducidos total o parcialmente en el relato son: *Me recordarás*, de Frank Domínguez, *Nosotros*, de Pedro Junco, y *La vida es un sueño*, de Arsenio Rodríguez. < <